

**CARTAGENA Y EL CARIBE: RAZONES Y EFECTOS
ACTUALES DE UNA IDENTIFICACIÓN**

ELISABETH CUNIN

**(Instituto de Altos Estudios de América Latina, París,
Instituto Francés de Estudios Andinos, Bogotá)**

En este texto presentaré algunas reflexiones alrededor del término «Caribe» y me detendré un momento sobre la significación y la definición misma de esta noción a partir del análisis de la ciudad de Cartagena, en el Caribe colombiano. Lejos de buscar una definición del Caribe, el propósito es, al contrario, estudiar los discursos y prácticas que se reclaman, hoy, en el caso de Cartagena, del Caribe para subrayar la multiplicidad de lógicas e intereses que se ocultan detrás del término «Caribe». A través de este análisis cuestionaré tres «evidencias» ligadas al Caribe: el Caribe son islas, el Caribe es música, el Caribe es mezcla de razas.

En términos más metodológicos, se necesita hacer dos precisiones. Primero, el Caribe es una producción social: mi tarea, como socióloga, es deconstruir los mecanismos de esta construcción. Así que ni los estereotipos negativos asociados al Caribe en su oposición con el interior andino (visto como el epicentro de la nacionalidad colombiana), ni los estereotipos positivos asociados hoy con el Caribe (el Caribe es isla, música, armonía racial, gente alegre, fiesta...) son una realidad objetiva o natural. Segundo, se dice a veces que las ciencias occidentales no pueden entender las sociedades y culturas caribeñas, o se les acusa de imponer sus conceptos y manera de pensar. Al contrario, el Caribe, con su diversidad, la multiplicidad de sus identidades, la no-definición de su territorio, obliga a los científicos (caribeños y no caribeños) a adaptar y revisar sus conceptos y análisis, a cuestionar su racionalidad científica, sin abandonarla y sin encerrarse en ella.

Esta presentación nació de una observación hecha durante un seminario¹ que tenía como propósito confrontar los estudiantes e investigadores trabajando, en el sector de las ciencias sociales, sobre el Caribe. Entre cerca de treinta personas presentes, era yo la única que trabajaba sobre el

¹ «Université de Juillet», CRPLC-Université Antilles-Guyane, juillet 1998.

Caribe continental (Colombia), el resto de los participantes estaban interesados en las islas (Martinica, Guadalupe por supuesto, como islas francesas, pero también Cuba, Haití y Puerto Rico). La heterogeneidad y la diversidad eran obvias en cuanto al contenido disciplinario, a las metodologías, a las teorías, pero parece que un consenso implícito había sido establecido para definir el Caribe en su sola dimensión insular. Las reflexiones sobre el espacio caribeño hicieron de la dimensión insular un pasaporte casi natural hacia la «caribeidad». En este contexto, parece que había que demostrar la legitimidad de las investigaciones sobre Colombia en un seminario relacionado al Caribe.

Es esta asociación entre Caribe e isla, presentada como obvia, la que constituye el origen de estas reflexiones. Interesándose por uno de los márgenes de este espacio, Colombia, a veces integrada en el Caribe, a veces rechazada, el objetivo es cuestionar la definición y los atributos de esta caribeidad, considerada en otras partes como si fuera natural y evidente. El caso de Colombia, precisamente porque es ambiguo, permite una reflexión que evita cualquier riesgo de reificación de la identidad y del territorio caribeños; obliga a escapar a la tentación de la referencia exclusiva a una insularidad que naturaliza la caribeidad y la define en términos esenciales. Y es finalmente el concepto de «identidad caribeña» el que es así desubstancializado y cuya lógica y contornos se pueden analizar.

El propósito de este texto es deconstruir unas evidencias ligadas a una supuesta identidad caribeña, a través de tres temas: la «isleanidad», la música, la mezcla de razas. Por eso me interesaré primero a la multiplicidad de los actores que contribuyen, por sus prácticas y sus discursos, a la definición y, más allá, a la objetivación del Caribe, a partir del estudio del caso de la ciudad de Cartagena: tras este término único se oculta una realidad con caras múltiples. Luego evocaré uno de los efectos de la identificación al Caribe en términos de pertenencia étnica y racial, basándome en el estudio de una música ligada a Cartagena, la champeta. Si el Caribe es una construcción social resultando de la coexistencia de varios intereses y lógicas, este artefacto produce también efectos sociales: la historia de la champeta nos enseña que la identificación al Caribe puede modificar la significación y la recepción de una expresión cultural como lo es la música.

1. CONVERGENCIA DE INTERESES

Las reivindicaciones caribeñas, muy fuertes hoy en día en Cartagena, resultan de una convergencia de discursos e intereses, cada uno con su ló-

gica propia, que contribuyen a construir esa asociación al Caribe. Sería interesante hacer un estudio sobre las palabras «costeño» y «caribeño» para ver la evolución de la utilización del primero hacia el segundo. La «costa» es uno de los espacios-fronteras del país, marginalizado, aislado, atrasado en la oposición entre «la costa» y «los Andes», entre el margen y el interior. Al contrario, «el Caribe» es una proyección hacia un nuevo espacio; Cartagena, como ciudad del Caribe, se vuelve en una posición central, intermediaria entre América Latina y el Caribe, pasa así de la periferia al centro. Lo que es interesante en este proceso, es que no sigue una ruta directa, sino que pasa por caminos tortuosos y múltiples. Por eso mencionaré aquí algunos de los actores que hoy en día hablan del Caribe en Cartagena, para dar una imagen de esa lógica de construcción heterogénea y con distintas significaciones del Caribe.

1.1. LA CARIBEANIDAD COMO DESQUITE POLÍTICO

En 1991, Colombia adoptó una nueva Constitución: muchos subrayaron su carácter moderno e innovador, en particular en el campo del reconocimiento de derechos humanos, en términos de participación popular o en la afirmación del carácter pluriétnico y multicultural de la nación. Pero lo que interesó a los responsables políticos de la costa Caribe, son los textos que conciernen las medidas de descentralización que confirman el proceso introducido a mitad de los años 1980. La descentralización existente desde hace algunos años ofrece así una garantía a un proceso de regionalización y de redistribución del poder político que encuentra en la pertenencia al Caribe un vector de reivindicación más fuerte que las referencias anteriores a la «costa Atlántica» o a la «costa Norte» de Colombia. Reivindicarse como caribeño, volver a escribir la historia de la región, deconstruir los estereotipos impuestos por el interior, es también darse los medios para reclamar, de una manera legítima, un control más fuerte de la región por sus propios habitantes.

En esta lógica, el Caribe no es más la región subdesarrollada de Colombia, una carga económica, social y cultural, para el resto del país. Al contrario: aparece de allí en adelante, si no como el actor principal de la historia colombiana, al menos como el que tuvo el papel más determinante, y trata de posicionarse, no sólo como el polo de desarrollo de la Colombia del futuro, sino también como uno de los pilares del Caribe.

Volviendo a escribir la historia para hacer de ella una serie de luchas heroicas por la libertad (contra los piratas, contra las flotas francesas e in-

glesas, contra la corona española, contra el centralismo republicano), poniendo al día los índices de una larga tradición independiente (declaración de independencia de 1811, apoyo a la independencia de Panamá al principio del siglo 20), la nueva generación de políticos de la región encuentra así en la referencia al Caribe una legitimación y un horizonte para sus exigencias de autonomía y de revancha política.

1.2. «CULTURA CARIBEÑA»

Antes considerada como un folklore local, con un sentido despreciativo, la cultura caribeña se alaba hoy por su dinamismo y su riqueza. Es suficiente evocar, para convencerse, la valoración de la cumbia, del porro, del mapale o el éxito popular y nacional encontrado, por ejemplo, por Carlos Vives o el vallenato en general, el éxito internacional de Toto la Momposina o de Joe Arroyo y más recientemente, el éxito de la champeta en Colombia, tema al que regresaré luego. La cultura constituye un lugar favorable en la aparición de una reivindicación identitaria y de una valoración del Caribe en una escala nacional.

Es con Gabriel García Márquez con quien el Caribe regresa con fuerza, y de una manera positiva, en la escena nacional, convirtiéndose en un vector de contestación regional. García Márquez fue uno de los primeros en valorar cierta identidad caribeña, para desarrollar una originalidad cultural. Lo interesante es que en *Cien años de soledad* por ejemplo, se mezcla lo particular con lo universal, o sea que la idiosincrasia de la costa ya no es vista como una incapacidad para integrarse al modelo cultural andino, impuesto por el interior del país. Ya la cultura costeña no es tanto una cultura atrasada, sino un símbolo de contestación regional y de apertura al área del Caribe con su diversidad y su riqueza.

1.3. CARTAGENA TURÍSTICA

Cartagena fue clasificada como patrimonio mundial de la humanidad por la UNESCO en 1984; además, desde el 3 de noviembre de 1987, Cartagena goza de un estatuto especial: el de distrito turístico y cultural, que otras ciudades obtendrán luego (especialmente Barranquilla y Santa Marta que son también ciudades del Caribe). De hecho, en Cartagena, el turismo es una estaca de talla: es la ciudad turística de Colombia, la postal magnífica de un país estigmatizado a nivel internacional. Es precisamente la ra-

zón por la cual Cartagena se presenta como una ciudad caribeña, porque turismo y Colombia son dos términos incompatibles. Los grupos de turistas que hacen una etapa en Cartagena durante su cruce alrededor del Caribe, casi olvidan que están en Colombia. En las agencias de viaje de Europa o de los Estados Unidos no se presenta a Cartagena como ciudad de Colombia, sino como ciudad del Caribe. Es allí el objetivo de los responsables del «Cartagena de Indias Convention and Visitors Bureau» (CICAVB), primero de este tipo en Colombia, oficina de turismo local nacida de iniciativas privadas, cuyo nombre en inglés atestigua su voluntad de inserción internacional. Tiene como propósito hacer de Cartagena una ciudad del Caribe más que una ciudad colombiana. De hecho, cuando uno conoce la reputación de un país marcado por los conflictos, se entiende mejor lo que significa identificarse con el Caribe para una ciudad como Cartagena. De un lado, la postal asoleada de un refugio de paz; de otro lado, un resumen de todos los males del tercer mundo.

1.4. LA DIMENSIÓN ECONÓMICA

Adolfo Meisel Roca, historiador especialista del Caribe colombiano, en su libro *Economía regional y pobreza. El caso del Caribe colombiano*, se hace preguntas sobre los motivos del atraso de la economía de la región². El diagnóstico establecido es similar a una condena de las épocas coloniales y republicanas que habrían favorecido la desolación y la marginalización de la costa; implícitamente, una recuperación económica posible se entiende como una ruptura con el interior andino y un anclaje siempre más fuerte en el espacio Caribe.

La pertenencia al área Caribe es sinónima, para los responsables económicos de la ciudad, de modernización de la economía, de desarrollo del comercio exterior, de mejora de las infraestructuras y de los servicios. Promesas fáciles, indudablemente, pero promesas que revelan bien lo que uno entiende por «caribeidad» en Cartagena: la referencia al Caribe, tanto como una distanciaci3n de la crisis que toca el resto del pa3s, es un signo de competitividad y de dinamismo económicos.

² El autor recuerda, por ejemplo, que el PIB de la regi3n caribeña represent3 el 73,8% del PIB nacional (1992: 12), que el 3ndice NBI (Necesidades B3sicas Insatisfechas) es de 60% para la regi3n Caribe y de 45,6% a nivel nacional, que la tasa de analfabetismo es de 18,5% en la regi3n Caribe contra 10,8% para la regi3n centro, 13,4% para la regi3n oriental y 12,7% para la regi3n pac3fica (1992: 31).

1.5. LOS ACADÉMICOS

Los investigadores no sólo reflexionan sobre el Caribe sino que contribuyen también a construirlo, a darle una legitimidad científica y a definir sus límites y su contenido. Al origen del movimiento de estudio/valoración del Caribe, se encuentran varios intelectuales, especialmente académicos quienes hicieron del Caribe el centro de sus actividades científicas e institucionales. Al mismo tiempo, sus análisis científicos dan una legitimidad nueva al término «caribeño» y a las reivindicaciones políticas o culturales. Estos trabajos simbolizan la renovación de la investigación colombiana, que pasa de allí en adelante por la afirmación de las especificidades regionales, especialmente caribeñas. Los años 1990 fueron marcados, en Cartagena, por la aparición de un gran número de iniciativas como coloquios sobre el Caribe (Seminario Internacional de Estudios del Caribe, con su primera edición en agosto de 1993, luego cada dos años; primer simposio sobre la economía de la costa Caribe en octubre de 1998) o la creación de centros de investigación destinados al estudio del Caribe: el Instituto de Estudios Internacionales del Caribe fue el primero que nació, bajo la iniciativa, en particular, de Alfonso Múnera; luego, en 1997, apareció el Observatorio del Caribe Colombiano, dirigido por Alberto Abello Vives, cuyo objetivo es dedicarse «al análisis de la realidad y el desarrollo social y económico de la costa colombiana del Caribe». Se puede mencionar también la creación, en 1999, de la primera Cátedra del Caribe Colombiano, programa de formación universitario especializado en la costa colombiana del Caribe, con el apoyo de las Universidades de Cartagena, Barranquilla (Atlántico) y Bogotá (Nacional).

El Caribe se refiere así a una multiplicidad de discursos, prácticas, intereses y, más allá, a una multiplicidad de definiciones. Inscribiéndose en un espacio que no es definido, refiriéndose a una identidad que no es definida, los actores, por diferentes que sean, encuentran en el Caribe un nuevo marco de pertenencia que, precisamente porque es vago, fluido e indeterminado, permite a cada uno encontrar los principios normativos que le convienen. Al mismo tiempo, esta convergencia de intereses múltiples produce territorios e identidades que se reúnen bajo el término de Caribe. A nivel más teórico, las reflexiones sobre el Caribe llevan a preguntas sobre la relación entre proceso de identificación social y proceso de identificación territorial.

Para concluir esa primera parte, se puede regresar a nuestro punto de salida inicial y a la primera evidencia destacada: la asociación del Caribe con la insularidad. Uno podría preguntarse, de forma paradójica, si Carta-

gena no es también una isla en Colombia, con estos procesos de descentralización, de afirmación de una autonomía política y cultural, de independencia turística. Al mismo tiempo que construye su caribeñidad, construye también su insularidad, en relación con el resto del país. Regresamos finalmente a la pregunta del principio: ¿sería que para afirmar su identidad caribeña hay que definirse como isla? O sea, no «ser isla» sino más bien construirse, identificarse como isla, en un proceso dinámico³.

Además la asociación al Caribe no es neutra, produce efectos sociales, transformaciones de normas, renegociaciones de estatutos. Estudiaré uno de estos efectos sociales: la disminución o redefinición de las tensiones raciales, a través del análisis de la champeta, considerada como la música caribeña de Cartagena. El objetivo no es tanto hacer un estudio de la champeta (ver Pacini; Mosquera y Provensal) como analizar dos temas bien específicos: su relación al Caribe y su dimensión racial.

2. DE LA CHAMPETA A LA TERAPIA O LOS EFECTOS POSITIVOS DE LA IDENTIFICACIÓN AL CARIBE

Hoy, en Bogotá, se escucha champeta en las emisoras, se consiguen todos tipos de CDs de champeta en las tiendas y hasta se dictan cursos de champeta. «La champeta se tomó a Colombia» como lo dicen las promociones. Pero hay que recordar que no siempre ha sido así. La champeta era, hasta hace unos pocos años, una música marginal, estigmatizada, asocial. Y, además, la «música de los negros», esta palabra dicha con un sentido de discriminación y de rechazo fuerte.

Presentaré rápidamente las etapas de la evolución de la champeta e intentaré mostrar que su asociación al Caribe ha desempeñado un papel importante para su aceptación social⁴.

Música africana, champeta, terapia: son los nombres dados a un mismo fenómeno musical. Indudablemente hay ciertas diferencias entre la música africana, la champeta y la terapia, especialmente en términos de cronolo-

³ Hay que recordar que las islas de Martinica y Guadalupe, aunque sean islas en términos geográficos, no se identificaron durante mucho tiempo como islas sino como territorios lejanos de Francia, con una voluntad de continuación territorial e institucional con la metrópoli. Martinica y Guadalupe se definen como islas desde hace pocos años, precisamente al mismo tiempo que afirman su identidad caribeña.

⁴ En este sentido, habría que recordar también el rol jugado por su legitimación internacional, especialmente a través de la producción de un CD y de un video en Francia.

gía (la música africana es el antepasado de las otras), de producción (champeta y terapia son producidas a nivel local) o de ritmo. Pero estos tres nombramientos se refieren a un mismo fenómeno musical, basado en el Soukous y que se escucha a través de los picos.

Sin embargo, estas variaciones semánticas no son neutrales. Porque lo que está cambiando, de la música africana a la champeta y de la champeta a la terapia, no es solamente la música sino más bien su estatuto social. Y esta modificación está ligada, entre otras, a la aparición de la referencia al Caribe.

2.1. LA MÚSICA AFRICANA

Los actores (cantantes, productores) y los aficionados a la música africana están de acuerdo con fijar la aparición de esta música en Cartagena en los años 1970-80, traída desde África, pero también desde Francia, Inglaterra o los Estados Unidos, por los marineros de la ciudad. Esto obviamente no significa que las influencias musicales africanas no estuvieran presentes mucho antes de esta fecha, a través de músicas y bailes tradicionales como la cumbia, el mapale, el porro o expresiones musicales más recientes como Toto Momposina, Joe Arroyo o el Sexteto Tabalá, para mencionar sólo las más cercanas a Cartagena. Pero el Soukous, que viene de Congo (con matiz de Mbaqanga y Highlife), el género musical al origen de la música africana, de la champeta y de la terapia sólo aparece en esta época. Al principio marginal, esta música va a conocer muy rápido una distribución importante, especialmente dentro de los barrios populares, donde se encuentran copias pirateadas.

En la actualidad, la música africana designa a la vez la música importada de África, generalmente vía París y Londres, y la producción local directamente basada en las sonoridades africanas, cuyo ritmo se acelera generalmente. La música africana conserva así un sabor de exotismo y permanece asociada al otro venido de África. Es revelador constatar que las canciones son casi incomprensibles (con una mezcla de francés, inglés y lenguas africanas), como si la particularidad de las palabras fuera una prueba de africanidad. La incomprensibilidad de los textos, el alejamiento geográfico de la fuente de producción de esta música, el misterio planeando sobre su llegada y su difusión en Cartagena contribuyen a dar a la música africana una fuerte dimensión racial al mismo tiempo que se asocia a un mundo distante y poco amenazante. La música africana se tolera en Cartagena, como expresión de un exotismo étnico y símbolo de una alteridad cultural que no viene a molestar el orden social.

2.2. LA CHAMPETA: DIMENSIÓN LOCAL Y ESTIGMATIZACIÓN RACIAL

En los años ochenta, con el desarrollo de una producción local, la aparición de nuevos grupos, la introducción de canciones en español, la música africana se transforma para convertirse en champeta. Ya no es la música de la alteridad desencarnada sino la del otro cercano, presencia física inquietante. Ya no es la música venida de otra parte sino que está a punto de aparecer como la música de Cartagena, ciudad que reúne hoy cantantes, músicos, vendedores y productores.

Al transformarse en champeta, la música africana no adquiere sólo una dimensión local. Pasa a ser más bien el reflejo del espacio concedido a «lo negro» cuando éste molesta y no respeta las convenciones ordinarias. Ya que el otro no es esta imagen distante y estereotipada que acompañaba la música africana, sino una presencia, cercana y amenazante, móvil e incontrolable. La champeta es «la música de los negros» estigmatizada racial y socialmente. En un editorial del principal diario colombiano, *El Tiempo*, Enrique Santos Calderón escribió: «alego, además, que está científicamente demostrado que esta cacofónica algarabía (...) propicia comportamientos violentos y degenera en alteraciones del orden público» (*El Tiempo*, 7 de febrero de 1999).

Su nombre de «champeta» le viene de un cuchillo utilizado tradicionalmente por los pescadores y los vendedores ambulantes; por extensión, la champeta es ante todo un símbolo de violencia y delincuencia, señal de reconocimiento de bandas que rodeaban la ciudad en medio de los años ochenta. El champetuo es a la vez el ladrón, el delincuente, que viene de los barrios pobres, como el que escucha champeta. Se establece así una asociación directa, en la representación colectiva, entre la música, la violencia y las poblaciones negras.

2.3. LA TERAPIA O LA NUEVA MÚSICA CARIBEÑA DE CARTAGENA

En 1982, se lanzó, en Cartagena, el primer Festival de Música del Caribe. Tiene por ambición convertirse en la escena de la música africana y caribeña. Junto con unos programas radiales precursores, desempeñará un papel considerable, no sólo en la difusión y el reconocimiento de la champeta en Cartagena, sino también en la transformación de su imagen. De hecho, el festival y los programas radiales como *Farándula Caribe*, *Caribe Son* o *Arriba caribeño*, tienen un objetivo pedagógico explícito: no sólo el soukous, la música africana, la champeta, tienen derecho a la escena pú-

blica de Cartagena, sino que se trata también de informar sobre sus orígenes, de reflexionar sobre la cultura musical afrocaribeña, en un proceso que contribuye al mismo tiempo a transformar una subcultura estigmatizada y despreciada en fenómeno mundial digno del interés de los intelectuales y universitarios de todo el mundo. El festival y las emisoras van a contribuir a la transformación de la champeta en terapia, a través de su asociación al Caribe.

A partir del segundo año de existencia del festival, en 1983, en medio de las músicas tradicionales de la costa del Caribe colombiano, del reggae, del calipso, del zouk, aparecían, por primera vez en un acontecimiento oficial, y por primera vez en el centro de la ciudad, unos cantantes de champeta, con el grupo Son Palenque. En 1991, en la décima edición del festival, Viviano Torres se presenta como un «auténtico monarca afrocaribeño», definido como «el rey de la Terapia» (Festival de música del Caribe, 1991).

Entre estos dos momentos pasaron diez años durante los cuales el Caribe hizo irrupción, sustituyéndose progresivamente a la referencia a África. Diez años durante los cuales la champeta se transformó en terapia. Sin que se sepa muy bien de dónde viene el término «terapia», ni a quien asignar su paternidad, no se puede ignorar la elección de la palabra, que remite a una terapia tanto física como moral. Al mismo tiempo, su carácter socialmente conveniente se acompaña de la definición de un «negro» cada vez más pálido.

En otros términos, por un lado la champeta personifica el peligro de una afirmación racial incontrolable, y por otro lado en la música africana, cada uno, blanco y negro, ocupa un lugar bien determinado. La terapia, al reivindicar su inscripción en el espacio Caribe, es la expresión de un multiculturalismo a la diferenciación aliviada. Porque el Caribe ofrece un espacio en el seno del cual la variedad y la diversidad no sólo se reconocen, sino que también son factores de promoción y valoración a nivel nacional e internacional; por eso la champeta se convierte en terapia, la madre África se transforma en hermana Caribe, la música africana en música caribeña. Es en eso en que actúa la caribbeanidad: permite pasar del antagonismo racial a la multiplicidad, de la polarización a la armonía. Pasar del blanco y negro al color, sin que este color sea peligroso o conflictivo. La terapia aparece precisamente como una tentativa para reconciliar los extremos, para sacar la champeta del gueto y para volverla aceptable por el resto de la población, en particular, la que tiene los medios de difundirla y de comercializarla. Tengamos en cuenta que, desde que la champeta se llama también terapia, aparecieron CDs, la venta de tienda en el centro de

la ciudad comenzó a desarrollarse, las emisoras aceptaron difundirla. Cuando la champeta se viste de aparato, cuando la música africana se transforma en música caribeña, adquiere un nuevo estatuto y, en esa ocasión, un nuevo público y una difusión más amplia.

En relación con la segunda evidencia que hemos planteado, «el Caribe es música», se ve, a través de la champeta, que la música se vuelve caribeña, de una manera que no es ni evidente, ni natural, ni inmediata, y que pasa por un largo proceso de definición y transformación que responde a lógicas económicas, sociales, políticas...

3. CONCLUSIÓN

Así, hoy en día, la champeta salió de su marginalización social y geográfica, después de su transformación a través de la terapia, que la valoró y la «limpió»; esta música ya es aceptable como champeta, se puede llamarla así y «se tomó a Colombia». Pero queda una pregunta pendiente (y eso nos remite a la «tercera evidencia»): ¿cómo es posible pasar, casi de un día al otro, de una música racialmente discriminada a una música símbolo de integración racial? ¿No sería la identificación al Caribe otra forma del mito de la armonía racial, como lo es, por ejemplo, el mestizaje asociado a Cartagena, que oculta los antagonismos raciales y el racismo tras una supuesta nueva «identidad caribeña» o «raza caribeña»? Precisamente, la multiplicidad de los discursos y de las prácticas asociados al Caribe, nos muestra que esa identidad caribeña es una construcción, un convenio entre intereses diferentes que no impiden la jerarquización y la dominación sociales o raciales. En otros términos, una ciudad como la de Cartagena pasaría de un primer mito, el del «todos somos mestizos», «aquí no hay racismo», a un segundo mito, el del «todos somos caribeños», que implica también el «aquí no hay racismo», sin dejar ningún espacio para pensar la diferencia y el antagonismo.

4. BIBLIOGRAFÍA

FESTIVAL de MÚSICA del CARIBE, programación de 1984 a 1995, Cartagena: Casa del Marqués de Valdehoyos.

GILARD, Jacques, 1984, «Lo regional en la cultura colombiana. A propósito del "Grupo de Barranquilla"», in J. GILARD, *García Márquez et le groupe de Barranquilla*, tesis de «Doctorat d'Etat», Universidad París III, tomo 1.

- HOETINK, Harry, 1985, «Race» and color in the Caribbean», in S. W. MINTZ, S. PRICE, *Caribbean Contours*, Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press, pp. 55-84.
- JOLIVET, Marie-José; REY-HULMAN, Diana (dir.), 1993, *Jeux d'identité. Etudes comparatives à partir de la Caraïbe*, París: L'Harmattan.
- LÓPEZ MONTANO, Cecilia; ABELLO VIVES, Alberto (compil.), 1998, *La Costa que queremos. Reflexiones sobre el Caribe colombiano en el umbral del 2000*, Bogotá: Departamento Nacional de Planeación-Universidad del Atlántico-Observatorio del Caribe Colombiano.
- MEISEL ROCA, Adolfo, 1992, *Economía regional y pobreza. El caso del Caribe colombiano. 1950-1990*, Barranquilla: CERES, Universidad del Norte.
- (ed.), 1994, *Historia económica y social del Caribe colombiano*, Bogotá: Ediciones Uninorte-ECOE Ediciones.
- MUNERA, Alfonso, 1998, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1810)*, Bogotá: Banco de la República-El Ancora Editores.
- OBSERVATORIO DEL CARIBE COLOMBIANO, 1997, *Presentación*, Cartagena.
- 1999, *Cartagena de Indias, sobrellevando la crisis. Relatoría del taller «¿Cómo es Cartagena a final del siglo XX?»*, *Cuadernos Regionales*, n.º 7, octubre.
- PACINI HERNÁNDEZ, Deborah, 1993, «The Pico Phenomenon in Cartagena, Colombia», *América Negra*, diciembre, n.º 6, pp. 69-115.
- POSADA CARBO, Eduardo, 2000, «El regionalismo político en la Costa Caribe de Colombia», *Aguaita*, n.º 2, marzo, pp. 9-23.
- RENO, Fred; POULIGNY, Béatrice, 1996-97, «Les ressorts sociaux de la construction régionale dans la Caraïbe», *Pouvoirs dans la Caraïbe*, n.ºs 8-9, pp. 127-142.
- STREICKER, Joel, 1995, «Policing boundaries: race, class, and gender in Cartagena, Colombia», *American Ethnologist*, vol. 22, n.º 1, pp. 54-74.
- 1997, «Remaking race, class and region in a tourist town», *Identities*, vol. 3, n.º 4, pp. 523-555.
- 1997, «Spatial reconfigurations, imagined geographies and social conflicts in Cartagena, Colombia», *Cultural Anthropology*, vol. 12, n.º 1, pp. 109-128.
- WADE, Peter, 1997, *Gente negra, nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*, Bogotá: Editorial Universidad de Antioquia, ICAN-Siglo del Hombre Editores-Ediciones Uniandes.
- «Entre la homogeneidad y la diversidad: la identidad nacional y la música costeña en Colombia», in V. URIBE, E. RESTREPO (ed.), *Antropología en la modernidad: identidades, etnicidades y movimientos sociales en Colombia*, Bogotá: ICAN, pp. 61-91.
- ZAPATA OLIVELLA, Juan, 1992, «La alegría del Caribe», in A. ZABARAIN, V. MARTÍNEZ EMILIANI (ed.), *Costa 2000. Evocación y destino del Caribe*, Bogotá: Nuestro Mundo.